

إِسْلَام

ENCUENTRO

ISLAMO-CRISTIANO

Nº 288

ABRIL 1996

SERIE D: ISLAM

ESPAÑOL.

SANTIAGO MATAMOROS Historia de un desencuentro

por José M^a Pérez-Soba Díez del Corral

Hace mucho tiempo que queríamos publicar algo serio y documentado sobre la aberrante apelación de Santiago Matamoros que es una de las más hondas raíces de nuestra secular oposición y desprecio del Islam y una de las más exactas causas, también, de ese incomprensible desencuentro entre creyentes que se reclaman del mismo Dios (Nostra Aetate, nº 3). ¿A quién se le ocurriría coger a un apóstol de Cristo, Mensajero del Amor y de la compasión, ponerle una espada en la mano, subirlo a un caballo, aunque fuese blanco, y mandarlo así sacrilegamente a matar creyentes de otra religión, como si fuese un gesto de las más acendrada fe cristiana? Peor aún, perpetuamos ese gesto de violencia y muerte esculpiendo y pintando la imagen del Santo ecuestre en imágenes, retablos, fachadas de templos, estandartes, candelabros, etc... grabando así en los ojos, en la sensibilidad y en la conciencia de millones de fieles, durante siglos, la normalidad y hasta la ejemplaridad de dicho sacrílego gesto.

A responder a tal deseo de años y con plena solvencia histórica y literaria, viene el presente estudio, obra de José M^a Pérez-Soba Díez del Corral, historiador, teólogo, especialista en religiones comparadas e investigador en la Universidad Complutense de Madrid en el Departamento de Historia Medieval, a quien agradecemos muy cordialmente su cualificada colaboración. El fresco que nos pinta del origen y desarrollo de la apelación de Santiago Matamoros, pese a su brevedad es de gran valor. Sólo un

BAJO EL PATROCINIO DE LA COMISION EPISCOPAL DE RELACIONES INTERCONFESIONALES

Dirige: Emilio Galindo Aguilar

Redacción y Administración: Alcalá, 41, 3.º - 28014 Madrid

Depósito Legal: M-14723-1975

especialista y fino historiador como nuestro autor podía decir tantas cosas, documentar tanto y escribir con tanta claridad y orden en tan pocas páginas.

Ojalá haciendo la verdad histórica consigamos bajar a Santiago de su caballo, quitarle la espada homicida y devolverlo a su verdadera tarea de testigo de Jesús. Y ojalá también, como ya se le ha pedido en otras ocasiones, la Conferencia Episcopal Española, concedora de la historia, se atreva a encarar nuestra insensatez y nuestro gesto de violencia enseñándonos a no servirnos más de Dios contra el hombre. No sería más que un gesto humilde de servicio a la verdad.



1.— ¿QUÉ ES LA CAUSA DE ¡SANTIAGO Y CIERRA ESPAÑA!

«Querría que vuesa merced me dijese qué es la causa porque dicen los españoles cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel San Diego Matamoros: "¡Santiago, y cierra España!"».

La pregunta con la que abrimos estas páginas tiene como autor nada más y nada menos que a Sancho Panza, paradigma del sentido común. A ella, Quijote no duda en responder con la sabiduría de su tiempo:

«Simplicísimo eres, Sancho, y mira que este gran caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios a España por patrón y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido, y así invocan y llaman como defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces le han visto visiblemente en ellas, derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones» (1).

Sin embargo la curiosidad de Sancho no es, en absoluto, una simpleza de patán, sino que tras ella late nuestra propia curiosidad. Hoy en día, cuando el diálogo interreligioso es uno de los grandes desafíos del presente, cuando el encuentro de culturas está creando la fraternidad de los creyentes en torno a la paz y la justicia, este Santiago de espada en mano nos resulta incomprensible y aberrante. La sensibilidad de los mismos cristianos se ha vuelto enormemente permeable a las palabras humildad y no violencia del evangelio, desautorizando toda legitimación religiosa de la guerra. No podemos por menos de preguntarnos, asombrados, ¿cómo es posible que Santiago, hijo de Zebedeo, un pescador judío, se convierta en un guerrero terrible exterminador de musulmanes? ¿Cómo es posible que los cristianos se lanzaran con furor al combate enardecidos por el nombre de un apóstol de la Paz? Estas son las preguntas a las que vamos a intentar responder desde la Historia religiosa.

2.— DE IACOBUS HISPANIAM A LA TUMBA COMPOSTELANA

2.1.— Orígenes del culto a Santiago en España

El primer paso que debemos dar para lograr comprender el cómo de Santiago Matamoros, es asomarnos al proceso por el que se une el nombre del apóstol al de las tierras de la península. Luego, poco a poco, lo encontraremos convertido en uno de los grandes cultos de los reinos cristianos (2).

Las primeras alusiones que encontramos a la presencia jacobea en España provienen de una idea que empieza a circular en el Oriente mediterráneo en torno al siglo III: la dispersión de los apóstoles tras Pentecostés para llevar a todas las gentes la Palabra de Cristo. Esta idea, nacida del interés por los primeros testigos de la fe, se empezará a recoger en una serie de escritos en los que se daba una breve noticia de cada apóstol, para que se leyeran en las múltiples fiestas locales donde se les rendía culto. Sus títulos, Notitia de locis, las Nomina Apostolorum..., indican su uso. En algunas de ellas se empezarán a recoger listas apostólicas en las que se unen los doce nombres con los principales centros de la Antigüedad, con lo que se demostraba que la palabra de Dios había logrado llegar hasta los confines de la tierra. En esas listas, sobre todo en las series griegas, se empieza a proclamar que Santiago el Mayor había dedicado su labor pastoral a los judíos de la Diáspora, quizá alentados por el inicio de la Carta de Santiago, que, por confusión, se le atribuyó al Zebedeo: «Santiago, siervo de Dios y el Señor Jesucristo, saluda a las Doce Tribus de la Dispersión» (3).

Pronto se empieza a concretar ese lugar de la Diáspora. Los primeros testimonios provienen del Breviarium Apostolorum ex nomine ubi prædicaverunt, orti vel obiti sunt, en el que se dice, a principios del siglo VII, que: «Santiago, hijo del Zebedeo. Predica en España y en el Occidente» (4). El documento es de gran importancia. Servirá de fuente a toda una larga serie de escritos que acabarán transmitiendo, cada vez con más fuerza, la idea del apostolado hispano de Santiago. Así, la Nomina Apostolorum per singulos cibitates ubi prædicaverunt evangelium, conservada en un calendario del monasterio de la biblioteca de Santa Catalina del Sinaí, muestra como la idea se extiende por el Norte de África; la cita de San Aldhelmo de Malmesbury (s. VII) es su Poema de Aris Beatæ Mariæ et Duodedim Apostolis Dedicatis, poema cáltico de alabanza ante la consagración de altares a los apóstoles, muestra

su extensión en Europa antes de la invasión islámica.

Sin embargo, hay una serie de documentos que marcaron de forma definitiva la devoción jacobea, por el impacto que causaron en la España altomedieval. El primero de ellos es una obra que, bajo el nombre del gran sabio de la época visigótica, San Isidoro de Sevilla, fue leída y comentada en los monasterios, con admirada devoción. Su tema era, de nuevo, la vida y muerte de las grandes figuras cristianas de los primeros siglos. Su título: *De ortu et obitu Patrum* (5).

Un nuevo dato aparece en el texto atribuido a Isidoro. El lugar de descanso del apóstol es un lugar misterioso, cuya grafía varía en los códices: *Marmarica*, *Archis Marmaricæ*, *Carmarica*... un lugar que permanece, en esa época, misterioso y desconocido, pero que alimentará la imaginación de los partidarios de la prédica hispana, que, con la autoridad del texto atribuido al obispo sevillano, ganan en fuerza y extensión en Hispania. Sea o no sea realmente obra suya, lo cierto es que logrará crear, siglos después, una expectación inaudita (6).

2.2.— Patrón de España

Así estaban las cosas cuando un acontecimiento altera el panorama en el que vivían las gentes de los *occidentalia loca*. En el 711 se produce la llegada de los ejércitos del Islam, creando una nueva situación sociopolítica y religiosa. Este panorama conflictivo es el marco en el que iba a asentarse, de forma definitiva, el culto jacobeo en España (7).

La situación política de los pequeños reinos cristianos del Norte era difícil. Tras la muerte del rey Silo (quinto sucesor de Pelayo), la reina Adosinda no logra colocar en el trono a su sobrino y protegido Alfonso (el que será Alfonso II el Casto), sino que, dando un golpe de mano, un hijo natural del rey Alfonso I se impuso la corona. Su nombre era Mauregato y dividió a la Iglesia y al pequeño reino astur en dos partes.

Rodeado por tales presiones, un monje de Liébana, Beato, escribe una de las obras más importantes de la espiritualidad de la época en suelo español: los Comentarios al Apocalipsis de San Juan. Esta obra se componía de dos partes: la primera la componía el texto del Apocalipsis; la segunda, engarza citas de los Padres sobre el tema, una tras otra. A nosotros nos interesa especialmente el Prólogo al segundo capítulo del libro de Juan, en el que Beato copia las Etimologías de San Isidoro, libro VII, cap. 9, págs. 1-24. Al acabar, sucede algo curioso. Hilando, como siempre, citas diversas, interrumpe bruscamente el texto de las Etimologías para introducir el texto del *De obitu*: «*Estos doce son los discípulos de Cristo, predicadores de la fe, y doctores de los pueblos. Entonces, para que todos sean uno, cada uno de ellos aceptó su propia suerte para ir a predicar por el mundo, Pedro a Roma, Andrés a Acaya, Tomás a la India, Santiago a Hispania*» (8).

¿Qué importancia tenía esa cita? Según Justo Pérez de Urbel: «*el famoso abad de Liébana influyó para convencer a sus compatriotas de que el hijo del Trueno había sido el que les trajo la doctrina evangélica a España; el éxito grande que su Comentario sobre el Apocalipsis tuvo en el reino asturiano-leonés fue uno de los principales promotores de su culto*» (9). De esa manera, nos encontramos con que en el último tercio del siglo VIII se organiza en Asturias una fiesta, el 30 de Diciembre, en la que se exalta la prédica hispana de Santiago (10).

Ya tenemos una primera referencia, en un texto de difusión excepcional, donde se alaba el culto jacobeo y se le liga a Hispania. Sin embargo, no es el Comentario de Apocalipsis el único texto que extiende el culto al Santo, sino que contamos con otras fuentes. La principal es, sin duda, un poema Acróstico de la misma época, designado normalmente con sus primeras palabras: *O dei verbum*. Su datación es simple puesto que loa al rey Mauregato. Así, su autor es contemporáneo de Beato (o quizás es él mismo el autor) (11).

Sea quien fuere el redactor del texto, lo que sí es importante es reseñar que el culto a Santiago se va extendiendo por el reino astur poco antes del *descubrimiento* del sepulcro compostelano. Y se extiende de una forma especial. En el poema de Mauregato, se le da un título nuevo y llamativo, el de *patrón* de España: «*Oh, verdaderamente digno santo apóstol / Cabeza refulgente de la dorada España / defensor nuestro y patrón vernáculo*» (12).

Primero la prédica hispana —y la misteriosa *arca marmarica*—; ahora la figura de *patrón*. Sin embargo, ¿qué significa exactamente el término? «*Caput refulgens aureum Ispaniæ, Tutorque nobis et patronus vernulus*». ¿Qué significa este patronazgo jacobeo en fecha tan temprana? Hay una fuerte discusión entre especialistas. En mi opinión, siendo incontestable que la expresión *patronus vernulus* está tomada de antiguos poemas del siglo VII, casi siempre vinculada a santos protectores del fiel contra las enfermedades, también es cierto que la expresión *caput refulgens aureum Ispaniæ*, sumada a la anterior nos puede indicar que el contenido de *patronus* es más amplio. El paralelo con otros textos se pierde en la primera parte de la estrofa, la que se refiere a *cabeza de España*. Por ello, recordando —y es muy importante— que en la misma época se está expandiendo el culto al apóstol como evangelizador de España, se puede conjeturar con bastante razón que el significado de *patronus* se estaba transformando en cierta medida con respecto a su uso en el siglo anterior (14).

2.3.— La Tumba descubierta por Teodomiro

En la situación de expectación creada en torno a la veneración del apóstol, se produce el acontecimiento más importante de la Alta Edad Media gallega espiritual: En el final del siglo VIII o principios del IX, el obispo Teodomiro de Ira Flavia,

probablemente lector asiduo de Beato y conocedor de las misteriosas *arcas marmaricas*, descubre alborozado que en uno de los confines de su diócesis se encuentran unos restos, de clara vinculación paleocristiana, en el que están enterrado un hombre decapitado junto a otras dos personas. Inmediatamente se produce la asociación: ha sido descubierta la tumba de Santiago. Se ha resuelto el misterio.

Alfonso II el Casto (el sucesor del ya conocido Mauregato, tras un breve paréntesis), tomará con gran devoción la noticia, construyendo un primer templo, que será, al final del siglo, sustituido por la basílica de Alfonso II. El fenómeno empezará a causar una sensación inusitada. Los peregrinos empezarán a acudir de todos los puntos de Europa. El Martiriólogo de Adón (857-860) ya recoge la noticia del descubrimiento, así como la segunda redacción del de Floro de Lyon (15).

Con ello, la devoción irá ganando cuerpo por medio de relatos que intentan resolver un problema evidente: ¿cómo es posible que, martirizado en Jerusalén, llegara su cuerpo hasta un lugar tan remoto como Galicia? Estos relatos se llamarán *translociones*, cuyo origen quizá se encuentre en la carta, pseudoepigráfica, del Papa León III, cuyo código más antiguo fue datado en el siglo IX en Francia (16).

No es necesario insistir en que, con este descubrimiento, se abre una vía de peregrinación de importancia extraordinaria. El Camino de Santiago se convertirá en una de las grandes vías económicas y culturales de la España medieval cristiana. Azuzado por todo esto, el culto al santo irá creciendo en la misma medida, de tal manera que, entre el siglo XI-XII se le dedican en Europa, sin contar la península ibérica, nada menos que mil iglesias documentadas (17). No en vano es en siglo X (siglo que, como vamos a ver a continuación, es el inicio del proceso hacia el Matamoros), cuando se documenta los primeros peregrinos extranjeros, que dan testimonio de la pujanza europea de la devoción jacobea (18).

En este ambiente es normal que aparezcan las primeras donaciones reales de gran calado, que van ampliando el poder y las riquezas de la iglesia de Santiago. Así, sólo en la segunda mitad del siglo IX, en el reinado de Alfonso III (y teniendo en cuenta la dificultad de conservar los documentos de la época) hay siete donaciones importantes, entre las que destaca una cruz de oro y pedrería parecida a la Cruz de los Angeles de Oviedo.

2.4.- El siglo X

a) Los votos

A esta corriente de veneración del siglo IX se debe que empiece a ser corriente que distintos monasterios (Samos, San Sebastián de Picosacro) (19) y obispos e iglesias (San Adrián, Mondoñedo, Braga, Zamora, Ciudad Rodrigo, Lugo, Tuy...) (20) ofrezcan votos a la tumba de Compostela, por los que otorgaban una cierta cantidad de bienes por los favores recibidos o como muestra de devoción. Estos votos muestran que la mediación de Santiago y su protección era muy apreciada en la época, creciendo a la par que la expansión de su culto (21).

Esto nos lleva a plantearnos el tema del *Voto de Santiago* fundamental en la génesis del mito jacobeo. Este voto es la renta por la que parte del botín de conquista y, sobre todo, un censo anual sobre la producción de la tierra se donaba a la sede del apóstol, como reconocimiento de su protección (22). Estas *piadosas costumbres* se convertirán, respaldadas por reyes y Papas, en una carga fiduciaria más que se mantendrá en el territorio hispano nada menos que hasta 1834. Es decir, una carga fiscal en favor del arzobispado de Compostela que duró casi mil años (23).

b) La Batalla de Simancas

Pero, debemos ahora abandonar por un momento a los votos jacobeos y centrarnos en el acontecimiento bélico por excelencia del siglo. Es en ese mismo siglo X de devoción santiaguista cuando se produce uno de los acontecimientos centrales de nuestra historia. El año 934 del nacimiento de Cristo, el rey Ramiro II se tiene que enfrentar a una de las habituales invasiones de los musulmanes cordobeses, esta vez encabezada por el temible Abderrahman III, quien comandaba un impresionante ejército, apoyado por el rey de Aragón.

Ante tamaño peligro (24) y en el contexto del éxito de la devoción jacobea descrita, el rey acude a Santiago ofreciéndole sustanciosas ganancias a cambio de su respaldo, mientras su aliado del condado de Castilla, el famoso conde Fernán González acude a su propio santo *nacional*, San Millán. Y obtienen un rotundo éxito. Como dice la Crónica Iriense, redactada en torno a la década de los ochenta de este siglo: «*en tiempos de éste (el rey Ramiro) el rey de Córdoba Abderrahman con todo su ejército fue vencido y puesto en fuga. El rey, antes de esto, acudió al Santo apóstol para rezarle y le ofreció votos hasta el Pisuerga, para que cada año rindieran censo a la Iglesia del Apóstol; y Dios le dio una gran victoria*» (25).

Y no le dio cualquier victoria, sino la más importante de su época, la batalla de Simancas, que se mantendrá en la memoria de los reinos cristianos durante siglos. Además, podemos confirmar esta vinculación del rey Ramiro con Santiago por otras fuentes: Dos años antes de la batalla, en medio del fragor de los continuos combates (Hacinas, Osma...), Ramiro II ha tenido tiempo para confirmar las posesiones de la catedral (26), y sobre todo, el mismo año de la batalla confirmaba todas las donaciones de sus antecesores (27).

Podemos concluir que entre el siglo IX y X se va extendiendo el culto jacobeo y, con él la idea de la efectividad de su mediación frente a Dios, incluso para conseguir victorias bélicas. A ello, hay que sumar la idea —quizá latente, quizá no tanto— de su

patronazgo, reforzada por el descubrimiento de la tumba. No estamos aún ante Santiago Matamoros, pero vamos caminando hacia él.

3.— EL SIGLO XI

3.1.— El cerco de Coimbra y la política de Fernando I

A mediados del siglo XI el panorama de la guerra entre los reinos cristianos y el Islam empezó a cambiar de forma radical con respecto a los siglos anteriores. La disgregación del antiguo califato en pequeños reinos de taifas y el cambio de la iniciativa bélica, ahora en manos cristianas, iba a suponer un nuevo marco general en el que se iba a desarrollar la devoción jacobea.

En 1063 el rey Ramiro I de Aragón perdió la vida en la lucha contra el Islam en los campos de Graus. Según se sospechó, el infante D. Sancho (más tarde Sancho II), hijo primogénito de Fernando I de Castilla, estuvo complicado en la muerte. La indignación, en una época donde el espíritu cruzado (28) estaba en germen, fue general, y traspasó las fronteras del Pirineo... El Papa Alejandro II otorgó en el mismo 1063 una indulgencia para los que fueran a Aragón a luchar contra el Islam. Cluny, la gran fuerza espiritual de la reforma, propagó por el Midi francés la indulgencia. Y con éxito, puesto que el duque Guillermo VIII de Aquitania, el conde de Semour y una serie de caballeros normandos se unieron en torno a Guillermo Crespín. La víctima propiciatoria iba a ser Barbastro, ciudad que caería en Agosto, cercada por la sed.

En ese mismo año, Fernando I de Castilla y León, se dirige a conquistar la ciudad islámica más importante de su espacio de expansión, Coimbra. El cerco resultó difícil y es probable que antes acudiera a implorar la ayuda de Santiago, siguiendo, como vimos, los pasos de Ramiro I de León. Y no sólo él: García IV de Navarra (1035-1054, contemporáneo de Fernando), acudía a San Millán para agradecerle su intervención en la conquista de Calahorra. La victoria de Fernando I, justo al año de la sospechosa muerte de Ramiro I de Aragón, es probable que necesitase un aval especial del santo patrón, que evitara toda maledicencia sobre una actitud poco piadosa del rey, que encubriera a su hijo. Mientras el espíritu *cruzado* se vivía con cierta intensidad en Barbastro era importante, políticamente, que un espíritu parecido reinara en los reinos de Castilla y León.

De todas formas, existe documentación que prueba el interés fernandino por Santiago: ya en 1061 autorizaba al obispo para que poblara territorios en Portugal y en el mismo 1065 confirmaba todos los fueros y privilegios de la Iglesia compostelana en el mismo territorio (recientemente ampliado, como hemos visto). y las crónicas nos hablan de que ese mismo año (justo al año de Coimbra), el rey visitó Santiago *orationis causa* antes de iniciar la campaña de Valencia, en la que enfermará y morirá. Las crónicas posteriores insistirán en unir su nombre al de la devoción jacobea, junto al de otros cultos menos universales (29).

3.2.— La imagen de Santiago hacia el Matamoros: La Crónica de Sampiro y los normandos

En este siglo XI, en este contexto, aparecen nuevas referencias escritas a la mediación bélica de Santiago. En la crónica llamada de Sampiro, de mediados del siglo, la figura de Santiago va asumiendo, poco a poco, pero con determinación, las labores propias de un santo *patrón* —es decir, protector— del pequeño reino, especialmente de Galicia. La crónica relata su intervención en defensa de su iglesia, de su obispo y de su alfoz, frente a una de las correrías que los piratas normandos realizaron en el siglo X (968). Tras arrasarlo campos, iglesias y pueblos gallegos, y tras asesinar al obispo de Santiago, los piratas de Gunderico se disponían a huir cuando el conde Gonzalo Sánchez les salió al paso y los exterminó «en el nombre del Señor y en honor de Santiago apóstol, cuya tierra devastaron» (30). La crónica añade que «Dios le dio la victoria»: La humillación del apóstol, con el asesinato del obispo Sisenando, su servidor, no podía por menos que ser vengada por Dios. Así pues, en el siglo XI sigue progresando la imagen de Santiago como un santo que mantiene relaciones con Dios sumamente efectivas en las ocasiones bélicas.

4.— EL SIGLO XII: EL MITO DE SANTIAGO MATAMOROS

Durante el siglo XII la conquista va a dar un espectacular avance, trasladando su frontera hasta el Tajo de la mano de Alfonso VI. En este mismo siglo, el siglo de las grandes cruzadas, del *caballero cristiano* y de las órdenes de caballería, Santiago va a convertirse en el caballero celeste, en el prototipo de la nueva ideología caballeresca, nacida con la expansión cristiana (en la península y en Oriente).

4.1.— Los votos

Para comprender adecuadamente la situación de la imagen de Santiago en este siglo, es necesario comprender que la costumbre de los Votos ha ido tomando nuevas dimensiones a lo largo del siglo, gracias, entre otros, al apoyo papal:

a) En 1102 el Papa Pascual II confirmaba todas las posesiones de la Iglesia compostelana y, entre ellas, el censo *hasta el río Pisuerga* (31)... la misma demarcación que marcaba, según la Crónica Iriense, del siglo X, el voto de Ramiro II tras Simancas.

b) Sin embargo, la costumbre encontró resistencias. Así lo testifican los esfuerzos papales para que las diferentes demarcaciones hagan efectivos sus votos:

1) Inocencio II, en 1130, escribió dos cartas, dirigidas, una, a todos los arzobispos y obispos de España y la segunda al arzobispo de Braga, en las que recuerda que deben aportar su voto sin excusa.

2) Poco después, el Papa Alejandro III, en 1174 ampliaba el espacio de renta: «*Hasta Toledo y la Transierra*» (32). ¿Por qué esta ampliación? Porque en 1150 Alfonso VII había extendido el pago hasta «*todo el término de Toledo entero*» (33). el año 1150... el mismo año en que, como vamos a ver, un tal Pedro Marcio *inventa* Clavijo y Santiago cabalga *matando moros*...

3) Muchos otros papas también apoyarán, tras ello, los votos. Por ejemplo, Celestino III (en 1192 y 1195) e Inocencio III (1199 y en 1212) son buenos ejemplos de ello.

4.2.— La imagen de Santiago Matamoros. Aparece Santiago guerrero en caballo blanco

En esta época empieza a ser corriente la presencia de un ser divino que avisa (en sueños) de la victoria futura. Así aparece en la crónica Silense, escrita en la segunda década del siglo, la referencia a la presencia del arcángel San Miguel.

Pero la gran innovación de esta crónica Silense se refiere a la figura de Santiago:

a) La primera de las referencias jacobeanas que nos encontramos es el paralelo de la crónica de Sampiro, referente a la invasión normanda (34). La segunda parte de la obra, independiente de Sampiro, recoge un recuerdo histórico sumamente desagradable para la figura del patrón de Galicia. Su mediación protectora, tan oportuna frente al normando Gunderico, sufre un fuerte varapalo cuando se produce la destrucción de la ciudad por Almanzor (988). La crónica de Sampiro concluía antes de llegar a asunto tan escabroso. La Silense, de principios del siglo XII, es incapaz de justificar el descalabro. Sólo puede vengarse condenando al causante al infierno de donde surgió como el demonio que era (35).

b) El caballero de la alba cabalgadura.— Esta impotencia de Santiago reclamaba una rectificación. La ocasión surge con las hazañas de Fernando I, ancestro directo del rey bajo el que se estaba escribiendo y primer rey impulsor decidido de la conquista cristiana en Castilla-León. Y ¿cuál es la gran acción de este rey? Una victoria que nos es conocida: el sitio de Coimbra, de cuya vinculación con la devoción jacobea ya hemos hablado. Así, la Silense nos narra como Fernando I acude a rogar al santo por la victoria. Ante la insistencia de personaje tan augusto, el triunfo será incluso preanunciado (36). Este preanuncio que nos regala el redactor de la Silense, maravilloso, impactante, marcará para siempre la iconografía y la leyenda de Santiago Matamoros.

Tras la súplica al Apóstol del rey, la victoria no parecía decantarse del lado cristiano. En ese momento, un peregrino griego (un extranjero) se asombra en la basílica del Santo al escuchar como los gallegos hablaban de Santiago como un santo guerrero. Por la noche, el *descreído* peregrino ve aparecer ante él la figura tremenda del santo, recriminándole la burla que hizo de su condición *militar*. En ese momento, aparece un impresionante caballo blanco, que montará Santiago, a la vez que muestra al atónito peregrino las llaves con las que entregará la ciudad cercada al rey, al día siguiente a la hora de tercia. Llegada la mañana, el peregrino reúne a toda la clerecía para contarles la visión, lo que mueve a enviar una embajada a Coimbra, que confirma lo afirmado por el Apóstol. El rey Fernando, agradecido a la intervención indudable del Santo compostelano, se dirige a su catedral para postrarse ante su altar... y ofrecer una serie de donaciones al apóstol, en recompensa por su ayuda (37).

Dado que es la primera referencia que podemos encontrar en la literatura cronística hispana, debemos concluir que «*parece evidente que la paternidad escrita de este milagro se debe al autor de la Historia silense o, al menos, fue su texto el que mayor repercusión tuvo y del que derivarán narraciones posteriores que en ocasiones se han enriquecido para empobrecerse otras, pero que determinaron una acusada expansión, especialmente a partir del siglo XIII*» (38). El caballo blanco de Santiago ha entrado en la historia en los primeros años del siglo XII y su presencia, física y milagrosa, se empieza a difundir a gran velocidad por los reinos cristianos españoles, hasta hoy mismo, cuando forma parte del folklore popular (39).

4.3.— El *Liber Miraculorum*: Santiago desplaza al rey Fernando

Ahora bien, el centro del relato de la Silense es la toma de Coimbra por el rey, apoyado por el Santo *Mile*, que preanuncia la victoria, pero que no participa en ella visiblemente. Pero la ocasión es demasiado bella para que las cosas queden así. en el *Liber Miraculorum*, el segundo libro de los cinco que componen el *Codex Calixtinus*, se recogen veintidós milagros reconocidos al Santo. De ellos, la mitad recogen alguna vinculación entre el Santo y un caballero. Y dos de ellos no dudan en describir directamente a Santiago como un caballero en acción: el milagro número 16 nos muestra a Santiago luchando contra los demonios como «*caballero de Dios*», el número 18 le llama «*el Santo Apóstol, soldado del más invicto Emperador*».

Detengámonos en el siguiente, en el 19. Es el mismo que narra la *Historia Silense*, pero transformado en cierta medida. Unos treinta años después, ya aparece su relato con unas variantes indicativas: los seis meses del asedio histórico se convierten en siete años (número bíblico); el rey Fernando aparece sólo a mitad del relato y de pasada; el *peregrino griego* se convierte, nada más y nada menos que en el obispo griego Esteban, lo que, manteniendo el sabor nacionalista, dota de mayor seriedad y prestigio al supuesto vidente; se insiste en el final de la historia en que Santiago «*daba la victoria a todos los que en la milicia le invocaban*». Santiago ya no se hace rogar tres días, no actúa puntualmente, sino que es un especialista en la concesión de victorias a los guerreros cristianos, previa invocación de su nombre.

Como es lógico, está a punto de aparecer, de forma explícita, el grito de guerra más famoso de la cristiandad peninsular: «*Santiago y cierra España*» y, acompañándolo, la figura de Santiago empezará a salir de su colaboración espiritual para llegar

a participar, de forma física, en la victoria. Para ellos habría que imaginar una batalla de la que no se tuviera mucha noticia, para resultara verosímil entre los lectores o auditores (40).

4.4.— El *Voto jacobeo* se consagra. Santiago Matamoros entra en escena

La leyenda estaba ya preparada, en esa mitad del siglo XII, para la madurez. Y la alcanzará en un documento diferente a las Crónicas que estábamos siguiendo. En 1150, el mismo año de la ampliación del pago del voto hasta el mismo reino de Toledo, cuando (como nos recordaban las bulas de Inocencio II) existían reticencias a los pagos, una mano del *scriptorium* compostelano escribe y rubrica un privilegio acreditativo del pago de este voto firmado, nada más y nada menos que por el rey Ramiro I (41), muerto hacía trescientos años (el 850).

¿Cómo era posible tal cosa? Porque así confirmaba una costumbre importante, de la que no se conservaba ningún documento oficial. Por ello, hay que refrendar lo que se considera un deber *inventando* (42) un documento antiguo que afirme el derecho de Santiago a percibir parte de los beneficios de las guerras (43). ¿Por qué? Porque es el gran caballero defensor de la cristiandad y lo ha demostrado muchas veces, como cuando participó físicamente en la contienda, salvando al reino de un peligro terrible. Así, el santo ha sido un combatiente más, de ahí que merezca *una parte como la de un soldado más* (44).

El privilegio relata tan augusta ocasión con todo detalle. Algunos monarcas débiles (es mejor no nombrarlos para no ofender a ningún rey actual), tras la muerte de Rodrigo, habían consentido un tributo monstruoso a los siempre libidinosos musulmanes (acusación en boga en la época de redacción del texto) (45): pagar cincuenta doncellas de la nobleza y cincuenta del pueblo al califa. Llegado Ramiro al poder, se niega a tamaña degeneración y planta batalla a las tropas sarracenas, que le derrotan estrepitosamente. Cercados en un altozano llamado Clavijo, el rey y las mermadas tropas que dirige claman al cielo que les socorra. Y Santiago, que, no olvidemos, acababa de alcanzar el *status* de especialista en salvar situaciones delicadas frente a los *herejes*, como buen caballero protector se le aparece en sueños al rey y le conmina a la lucha, asegurándole el triunfo, por su propia mano, a lomos del blanco rocín que ya conocemos (46). A los cristianos que caigan en la lucha les concede ser auténticos mártires guerreros. El ideal cruzado está explícito en el texto.

Ni hay que decir que «*el santo apóstol de Dios apareció, como había prometido, animando a los nuestros e instigando a todos a la batalla, golpeando e impidiendo (moverse) a las turbas de los sarracenos*» (47). El triunfo es arrollador y el rey Ramiro concede el voto en acción de gracias. Si es cierto, como creía Gómez-Moreno (48), que el redactor Pedro Marcio, canónigo de la catedral, es el propio creador de la leyenda, habría sin duda que atribuirle la creación de la madurez del mito. A partir de ahora su relato será la fuente a la que irán a inspirarse los próximos ocho siglos, acompañado por el grito famoso, que se encuentra aquí recogido: «*Adiuva nos deus et sancte iacobe*» (49).

¿Cómo pudo crear tal historia?

a) En cuanto a la batalla en sí, siguiendo el rastro de dos batallas —que ya hemos presentado— y mezclándolas para lograr una sola, legendaria, sita en Clavijo. Por una parte, como indicaba Fray Justo, el recuerdo histórico de la angustiada batalla de Simancas, donde las crónicas aludían a la devoción jacobea de Ramiro II, y la existencia de alguna donación del rey tras la victoria, daban una base segura donde reivindicar el que el *voto jacobeo* era una obligación inexcusable que se estaba abandonando por la desidia y la ingratitud (50). Por otra, la batalla de Simancas resultaba demasiado conocida por las crónicas, por lo que se recogió (tal vez) la mucho menos conocida reyerta entre Ordoño I y Musa ibn-Musa, el famosísimo *moro Muza*, en las cercanías de Albelda en el 859 (51).

b) En cuanto a la tipología, no es la primera aparición de un santo cristiano en medio de una batalla contra el Islam. En efecto, aunque hayamos olvidado el tema para seguir la evolución de Santiago, debemos ahora recordar que otros santos patronos habían surgido durante este tiempo. Como decía Goñi Gaztambide, «*Santiago no fue, desde luego, el único amigo con que los españoles contaban en el cielo*» (52). Ejemplo llamativo es el de San Millán, en el que el santo anacoreta del siglo VI se ve convertido en el mediador de los reyes aragoneses. Así, el rey García Sánchez el Trémulo acudía al Santo frente a la amenaza de Almanzor en el 997 y García IV (1035-1054) fue avisado en sueños de la victoria del cerco de Calahorra por una aparición del Santo.

Otros ejemplos provienen de los reyes navarros. Sancho Garcés I de Pamplona se prosterna ante la imagen de Santa María de Irache para tomar el castillo de Mojardín y Sancho el Mayor de Navarra (1015) realiza un voto al monasterio de Leyre, ofreciéndote los diezmos del valle de Funes si lograba su conquista. Y no es nada comparado con los reyes aragoneses. Sancho Ramírez cumple el voto que su padre Ramiro prometió a San Victorián por el triunfo de la villa de Graus. Y de tal fuerza es la devoción y el convencimiento de la ayuda del santo, que «*solía llevar a su ejército el cuerpo de San Victorián, confiando con su patrocinio vencer al enemigo*» (53). Y la costumbre la heredará Pedro I (1094-1104) que hace traer la reliquia a sus reales durante el sitio de Huesca. Este mismo sitio es el que dará lugar, nada más y nada menos, a la aparición de San Jorge en medio de la batalla de Alcoraz (18 de Noviembre de 1096), batalla que decidirá la caída de la ciudad.

c) Literariamente, podemos encontrar augustos antecesores que, quizá le sirvieron de inspiración directa, como Teodoreto de Ciro, importante apologeta cristiano del siglo IV que narra como San Felipe y San Juan Evangelista (¡el hermano de Santiago!) habían aparecido, en circunstancias enormemente paralelas, para salvar de la derrota al emperador cristiano Teodosio.

4.5.— La Orden de Santiago (54)

En esa segunda mitad del siglo XII, poco después de que fueran creadas, las órdenes tradicionales de caballería (Temple y Hospital de San Juan) se implantaron en España, frontera europea de confrontación con el Islam. Nacidas como herederas del espíritu cruzado, y ejemplo último de la evangelización del estamento de la caballería, en ellas cobraba vida el ideal del caballero cristiano, monje y soldado, *miles Christi* por partida doble, heredero de la espiritualidad monacal de los siglos anteriores y de la santidad laical de la caballería.

Al calor de estos ejemplos y en el ambiente sociopolítico del siglo, pronto aparecerán las órdenes autóctonas españolas y, entre ellas (55), la Orden de Santiago. Paradójicamente, no nace con tal nombre sino con el de *Fratres de Cáceres*, nombre debido a su origen: en el verano de 1170, cuando, para defender esa plaza del enemigo musulmán, se reunieron una serie de caballeros, convocados por Pedro Fernández de Fuentecalada y con el apoyo expreso de Fernando II. Serán los primeros caballeros del orden. Muy pronto, en 1171, se vinculan los *fratres* al obispo de Santiago y toman su denominación actual. Su reconocimiento oficial vendrá en 1175 por el Papa Alejandro III como la única de las grandes órdenes militares españolas no afiliada al Císter.

Durante la Edad Media, la orden se extendió por España y Portugal (Mora, Oreja y Uclés en suelo castellano, y Monsanto y Abrantes en territorio luso son las primeras posesiones santiaguistas, convirtiéndose Uclés en el centro de residencia del Maestro), e incluso por Aragón, Italia y Francia (56). Su poder será enorme, tanto en la política como en sus reservas económicas. Con tal respaldo, no nos deberá extrañar que el matamoros aproveche (y tal vez influya en) este nacimiento.

5.— LOS HISTORIADORES DEL SIGLO XIII. EL EXITO DEL MITO

El siglo XIII marca el punto más importante en la expansión militar cristiana iniciada en la segunda mitad del siglo XI. Al-Andalus iba a quedar reducida a un rincón del mapa, al pequeño reino de Granada. En este triunfo constante, la figura de Santiago Matamoros, nacida en el siglo anterior, alcanza su plena difusión, de forma paralela a la importancia que la Orden de Santiago estaba alcanzando en las sucesivas guerras.

Influye sin duda en el triunfo jacobeo el puesto central que ocupará en esta expansión militar su maestro Pelayo Pérez de Correa, el gran impulsor de la conquista de Sevilla. No es casualidad que el rey que la dirija, Fernando III sea el rey santo y guerrero, imagen viva de Santiago; ni que las crónicas recojan que el primer estandarte que en la ciudad fuera el estandarte de la Orden, que según descripción del siglo XVII, mostraba a «Santiago caballero en un caballo blanco, figurando un guerrero a la jineta» (57).

Esta situación prosigue su carrera triunfal con el rey-historiador, Alfonso X. En su reinado concurrió la orden jacobea a la conquista del reino de Murcia (la gran campaña de rey) y tuvo un lugar determinante en la represión de la rebelión mudejar de 1264 en el valle del Guadalquivir. Por decirlo en una palabra, la Orden se encuentra en el punto ascendente de su vida institucional. Y esta realidad no deja de influir en la evolución de la imagen de su patrón guerrero.

5.1.— Un tímpano, una miniatura y el *Chronicon Mundi* del Tudense

En el primer tramo del siglo (en torno a 1220) (58) se coloca un tímpano en la catedral compostelana en el que se contempla, en relieve, la figura prototípica de Santiago en combate: Un hombre barbado, con la aureola de santidad y las ropas propias de un caballero, con un estandarte en una mano y una espada en la otra, rodeado por seis orantes. Estas figuras pueden representar, tanto a las agradecidas doncellas, como a los fieles que oran frente al poder del Santo. Para que no se olvidase el símbolo nacido del Privilegio, se grabó la imagen en piedra, convirtiéndola casi en un estandarte para la caballería guerrera que peregrinaba hasta la tumba.

Pocos años después es cuando se fecha la primera imagen en la que se recoge la iconografía de Santiago aplastando con su caballo los cuerpos de musulmanes. Es una miniatura del Tumbo B de la catedral de Santiago, en el que se retoma la imagen de la catedral y se completa con la ominosa imagen de los cuerpos, datada en 1236 (59).

Y en el mismo año aparece una nueva crónica que muestra la influencia del Privilegio. Lucas de Tuy, autor de una importante *Chronica Mundi*, escribía sobre la batalla de Clavijo, dándole nueva extensión y desarrollo. De esta manera encuentra un nombre al rey traidor, el de nuestro conocido Mauregato, usurpador y por tanto, no emparentado con nadie que pudiera reclamar.

5.2.— Rodrigo Ximénez de Rada y su *De rebus Hispaniæ*

Un decenio después el arzobispo de Toledo, Rodrigo Ximénez de Rada, escribe una *Crónica De rebus Hispaniæ* (1243), en la que recoge y actualiza todos los grandes momentos de la historia legendaria de Santiago:

* La acción contra los normandos, que ya aparecía en Sampiro aparece ahora como una victoria «con la gracia de Dios y del apóstol» (60). Santiago deja de ser un mero mediador para situarse, en el mismo plano que Dios, como el factor espiritual de la victoria, conseguida al grito guerrero del nombre de Santiago.

* La acción de Alanzór, tan desfavorable, se reinterpreta sin rubor: «Destruyó también la ciudad y la Iglesia de Santiago, pero, espantado por un rayo, no se atrevió a hollar el lugar donde se creía que estaba el cuerpo del apóstol, aunque se había

propuesto profanarlo» (61). En el desastre, por lo menos salvar la honra.

* La conquista de Coimbra, que relata ampliando la acción del apóstol, que está presente en la toma de la ciudad: «*Pero ante la valerosa acometida de los cristianos y las arremetidas de los ingenios por todas partes, con la ayuda de Dios y la intervención de Santiago se logra una brecha en la muralla de la ciudad*» (62).

* Y la batalla de Clavijo, basado en el privilegio y la crónica del Tudense, en una forma más reducida y discreta: «*se cuenta que en esta batalla apareció Santiago sobre un caballo blanco haciendo tremolar un estandarte blanco*».

5.3.— Alfonso X y la Primera Crónica General de España

Alfonso X recoge la misma serie de hechos que Ximénez de Rada, llevando un poco más lejos sus mismas perspectivas. Ilustrativo del proceso es su relato de la victoria del conde Gonzalo Sánchez sobre los normandos. De la situación secundaria de Sampiro, donde es Dios el que concede la victoria, a la aportación pareja de Dios y Santiago en Rada, a la exclusiva aportación de Santiago de la Primera Crónica General: «*Et con la merced et la virtud dell apostol sant Yagüe, cuya elesia ellos crebantaron et robaron et desonrraron, venciolos el desbaratados et astragados, de guisa que todos murieron*» (63). Dios se sobreentiende (quizá) y nada más.

De manera parecida, Alfonso X indica que el grito de guerra se había especializado en la lucha con los musulmanes: «*Et desde aquel día adelante ovieron et tomaron los cristianos en uso dezir en las entradas de las fazendas et en los alcanços de los moros sus enemigos mortales: "Dios, ayuda et sant Yagüe"*» (64). Santiago se va especializando, de la mano de uno de los grandes reyes reconquistadores, como el gran combatiente contra el Islam. Santiago contra Mahoma.

5.4.— Fernán González

Otra muestra de esta expansión la encontramos en la multiplicación de las imágenes del santo ecuestre, presente en la imaginería de las iglesias cristianas, así como en la extensión del mito en los poemas, recitados ante auditorio, de la época. Así, si bien el Mío Cid, cuya primera redacción pudiera ser de inicios de siglo, sólo recoge (tres veces) el grito de guerra, tanto el redactor del poema de Fernán González como en Berceo se recoge el mito con abundancia de detalles.

El poeta de la historia de Fernán González, que realiza su trabajo bajo los últimos años del reinado de Fernando III (1250-1252), busca recordar las raíces del triunfante reino de Castilla. Para ello elige la figura, ya legendaria, del conde Fernán González, al que atribuye las grandes hazañas del pasado mítico-histórico. Y, dado que, como reconoce expresamente, la prédica y el sepulcro de Santiago eran consideradas el mayor regalo que las tierras hispanas habían recibido de Dios, no es sorprendente que inserte el mito del Matamoros en su poema. Eso sí, añadiendo detalles de su cosecha (65): El protagonista deja de ser Ramiro I para ser Fernán González; el antagonista, como en las buenas novelas, es la figura legendaria del mal, el guerrero *demoníaco* para el cristiano medieval, el terrible Almanzor; el combate adquiere una dimensión épica y legendaria, puesto que dura, nada más y nada menos que tres días completos (número simbólico).

Otros detalles nos muestran el grado de implantación que tenía el mito entonces: el anuncio del triunfo (durante el sueño del conde) se coloca en boca de San Pelayo y de San Millán. Y es este santo el que promete su aparición bélica (no en vano su monasterio también tenía unos votos que defender). ¿Sustituyeron entonces estos santos al de Compostela? No. Se les asocia al mito. Por eso aclara a continuación que «*y sera el apostol Santiago llamado, / enbiar nos ha Cristo valer a su criado / sea con tal ayuda Almanzor embargado*». Y con San Millán, en una auténtica escuadra de combate aparece Santiago encargado del ala izquierda del combate: «*Manda entrar la otra faz de partes d'ocidente, / y sera Santiago, esto sin fallimiente*». Ni siquiera el deseo de ensalzar a los santos propios castellanos puede eludir la figura, ya famosísima, del Matamoros compostelano.

5.5.— Berceo y San Millán

Dentro de esta tradición en la que se unen las figuras de Millán y Santiago, debemos nombrar la gran obra de Berceo. El mester de clerecía alcanza en él, que escribe en el siglo XIII, una de sus grandes cumbres en las letras hispanas. Uno de sus poemas trata de la loa del santo patrón de su monasterio, San Millán. Y, como no podía ser menos, narra como, en la batalla de Toro, aparecen nada más y nada menos que «*Vieron dues personas fermosas é lucientes, / Mucho eran más blancas que las nieves reçientes / Vinien en dos caballos dando golpes çerteros, / Fijieron tal damage en los más delanteros (...)* Los dos varones fueron á qui los votos dieron, / Que ante los vengaron que non los reçibieron. / El que tenía la mitra é la croza en mano, / Esi fué el apóstol de Sant Juan ermano, / el que la cruz tenía é el capiello plano, / Ese fué Sant Millán el varón cogollano» (66).

Las mismas ideas que en el Poema de Fernán González, ligadas como siempre a los votos que se debían conceder a la Iglesia y al monasterio de San Millán, en respuesta agradecida a la acción de Santiago y Millán (67): «*Si estas votos fuessen leal-mente enviados, / Estos santos preçiosos serien nuestros pagados, / Avrêmos pan é vino, temporales temprados / Non serîemos como somos de tristicia menguados*» (68). La batalla es ahora la de Toro (tan mítica como Clavijo) en la que es probable que se una el recuerdo de Simancas —y el rey Ramiro— y del cerco de Zamora, culmen de la primera.

Religiosidad, economía y nacionalismo se entremezclan con el arte para seguir difundiendo la imagen de Santiago (y

San Millán) acuchillador de moros.

Así, podemos concluir, con respecto a los poemas del siglo XIII que:

* Teniendo en cuenta que estamos en el culmen de la evolución, la presencia de otros santos muestra la amplitud y calado de una espiritualidad guerrera que acepta con gozo la participación de lo divino en la violencia.

* Pase a la intervención de otros de los santos que tenían su propia tradición de intermediarios bélicos ante el Señor, el Apóstol es, sobre todos ellos, el gran especialista, el guerrero por excelencia (*«enbiar nos ha Cristo a su criado / sea con tal ayuda Almançor embargado»* se dice en el Poema de Fernán González).

* Santiago se reviste cada vez más con aspectos humanizantes, que le convierten cada vez más en un auténtico soldado: grita con su propia voz a Fernán González; no llega sólo, sino con toda una hueste impresionante, como un refuerzo más.

Esta popularización del mito de Santiago muestra hasta dónde ha calado en el pensamiento del cristianismo hispano medieval de la época. No es de extrañar, por cuanto la extensión del señorío en los campos repoblados marcaba la consideración del Apóstol como un guerrero dependiente del Señor. Como dice San Pelayo en el Poema de Fernán González: *«Aun te dize mas el alto Criador: que tu eres su vassallo e el es tu Señor»*. De ahí que Dios-Señor Feudal envíe a su —según dice el Poema— *criado* a ayudar a su vasallo.

Por otro lado, la vinculación de los textos con monasterios —como San Millán—, con la sede de Compostela —el origen de Clavijo se encuentra en el privilegio de los Votos compostelanos— y con la corona —las crónicas— muestran que el mito, además de su calado espiritual, tiene también una función social concreta en los distintos textos en los que aparece.

5.6.— Santiago y los Votos permanecerán hasta el fin del Islam español

Una vez configurada la leyenda con todos sus rasgos principales, debemos cerrar nuestro relato. Para finalizar, quiero destacar un texto simbólico, que muestra cómo había de mantenerse en la conciencia de los reinos cristianos hasta el triste final de la presencia islámica en España.

Me refiero, claro está, a los Reyes Católicos, quienes rinden pleitesía al Santo por su apoyo secular durante la lucha con el Islam. Recién tomada Granada, no dudan en recordar la figura del *patrón* que les protegió en la victoria. Por ello amplían los *votos* a todo el reino de Granada por un privilegio fechado el 15 de Mayo de 1492, que recuerda la victoria de Clavijo. Ahora el acento se pone en el *patronazgo de la monarquía*, institución que ellos habían transformado en la cabeza de un nuevo *estado moderno*. Dios protege a la cristiandad, pero a través de los reyes, que estaban asistidos por los santos que el mismo Dios les designaba. La figura de Santiago, al albur de los tiempos, dejará de ser el ejemplo del buen caballero cristiano para convertirse en estandarte y grito de guerra de un Estado bélico expansivo en todos sus frentes en la época de la modernidad (69). La evolución de la figura guerrera de Santiago permanece, siempre ligada a la realidad histórica que la crea.

5.7.— ... y hasta casi hoy mismo

Aunque es muy probable que la advocación del Matamoros está hoy en un momento extremadamente bajo de su evolución desde el siglo XII, hace no demasiados años sirvió como uno de los grandes referentes de la cultura oficial. Textos como el que sigue son buena muestra del ambiente jacobeo que se vivía:

«En tal situación (cuando "está en juego el fundamento mismo de la convivencia, la base definitiva, última, de toda posibilidad de acuerdo y coincidencia en la Tradición de España, reaparece frente al peligro el símbolo activo y combatiente del Apóstol Santiago") se impone la aceptación de estas dos facetas de la lección permanente, generosa, atlántica diríamos, del Apóstol Santiago: el trabajo constante, y la afirmación combativa, violenta, militante, de los valores religiosos para la unidad de la cultura» (70).

El origen de tales pensamientos proviene del catolicismo español del siglo XIX (71), heredero de las ideas de Imperio e Iglesia de siglos anteriores. Los ultramontanos hispanos mezclaron con cierta facilidad religiosidad y nacionalismo en defensa de una misma *civilización*: Belicosidad y catolicismo, todos los ingredientes del nacionalismo nostálgico del siglo pasado. El mismo dolor de la generación del 98 y del regeneracionismo, pero encauzado hacia una huida pseudorromántica al pasado lejano medieval. Belicosidad y catolicismo, exactamente las dos notas características de Santiago Matamoros.

Sin embargo, puede que no sea ésta una situación histórica coyuntural, ya superada, sino que perviva hoy, camuflada en una concepción de la cultura española en la que no tienen cabida poetas tan extraordinarios como Ibn 'Arabi, el genio de Murcia. Deberíamos reflexionar todos sobre nuestro concepto de cultura y de España, no sea que escondamos prejuicios heredados de pensamientos menos tolerantes.

6.— LA OTRA CARA DE SANTIAGO

¿Era posible que el cristianismo medieval hubiera producido una respuesta profética al mito del Matamoros, que hubiera privilegiado, pese a todo, los ideales evangélicos de paz y tolerancia? Nadie puede responder a esa pregunta, pero sí es necesario recordar que:

6.1.— En el siglo XII, mientras las Cruzadas alcanzaban su época dorada, nació en Asís el santo *poverello* que abandonó el ideal de *miles Christi* armado por el de *miles Christi* del Amor. Su peregrinación a Compostela y su entrevista con el sultán Malek el-Kâmel (72) es la otra imagen de la Iglesia. Y es posible imaginar el suspiro de alivio del Santo pescador al sentirse abrazado por el pequeño peregrino, por el amante de la hermana pobreza.

6.2.— Durante el mismo siglo XIII que contempla la expansión del mito, el rey sabio, que se gozaba en la reconstrucción de Clavijo, estaba también apoyando la difusión de las órdenes mendicantes en España, otorgándoles los obispados de las tierras conquistadas (franciscanos son los primeros obispos de Cartagena, Badajoz y Cádiz y dominico el de Sevilla). El símbolo de esa semilla que está brotando junto a Santiago Matamoros puede ser la fundación del convento de San Esteban de Salamanca, donde se formará toda una generación de dominicos, los primeros que plantarán cara a la siguiente gran expansión castellana: la conquista de América. Ellos serán los primeros que negarán la legitimidad de la violencia y apoyarán, desde augustos precedentes, los métodos pacíficos de evangelización.

6.3.— El mismo camino de Santiago, lugar de paso de cientos de *homines viatores* será, paradójicamente, el camino por el que la sabiduría clásica, salvada por los sabios musulmanes, iba a caminar hacia el centro de Europa y a transformar el corazón de la religiosidad medieval (73). En palabras de Sánchez-Albornoz: «*El gran milagro de Santiago (...) fue un prodigio a dos vertientes: la vinculación de España a Europa (...) y la contribución hispana al desarrollo cultural de esa Europa (...) La España en batalla con el Islam exportó a Europa ideas y creaciones científicas, filosóficas y artísticas de la España islámica*» (74).

Valga como muestra. El mismo Santiago fue, también, el canal de transmisión de una nueva cultura que acabaría recordándonos el pacifismo que todo cristiano vive desde Dios amor. El espíritu siempre se cuela por las rendijas de los hombres.



NOTAS

- 1.— MIGUEL DE CERVANTES, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Espasa-Calpe, Madrid, 1981, p. 374.
- 2.— Obviamos las discusiones que se han creado en torno al tema, porque nos separaría de nuestro objetivo.
- 3.— St. 1,1.
- 4.— Cfr. J. GUERRA CAMPOS, D.H.E.E., p. 2184.
- 5.— También abunda en el tema del reparto del mundo: «*Hi fuerunt Christi discipuli, prædicatores fidei et doctores gentium qui cum omnes unum sint singuli tamen propriis certisque locis in mundo ad prædicandum sortes proprias acceperunt: Petrus namque Romam accepit, Andreas Achaïam, Iacobus Hispaniam...*» P.L. 38,154. La investigación muestra como es muy probable que su redactor usara como fuente el *Breviarium latino*. Cfr. M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *La literatura jacobea...*
- 6.— «*Isidoro de Sevilla, quizá contaminando fuentes (...) difundió la noticia de la misión apostólica de Santiago en Hispania, haciéndose eco de una recensión del Breviarium Apostolorum (...) Esta obra de Isidoro (...) circuló por España, con mayor o menor éxito, pero difundió ciertamente la leyenda de la división apostólica del orbe*», M.C. DÍAZ Y DÍAZ, *La literatura jacobea...*
- 7.— Cfr. Por ejemplo, R. DE ABADAL, *La batalla del adopcionismo en la desintegración de la Iglesia visigoda*, barcelona, 1949.
- 8.— SANDERS, (ed.) *Beato, Comentario al Apocalipsis*, 2, pol. 3,17, p. 116. Subrayado del autor.
- 9.— J. PÉREZ DE URBEL, *El culto de Santiago en el siglo X*, en *Compostellanum*, vol. XVI, n° 1-4, 1971, p. 20.
- 10.— O.c.
- 11.— Sobre el autor es muy difícil llegar a un consenso entre los especialistas. M.C. DÍAZ Y DÍAZ en *Los himnos en Honor de Santiago de la liturgia Hispánica*, publicado en *De Isidoro al Siglo XI. Ocho estudios sobre la vida literaria peninsular*, Barcelona, 1976, pp. 235-238, defendía la teoría de no adscribir a Beato el texto, que consideraba de baja calidad, y que consideraba que políticamente era irreconciliable con la posición antimuregata de Beato; en cambio, J. PÉREZ DE URBEL, *Orígenes del culto de Santiago en España* en *Hispania Sacra*, 5, 1952, p. 16 ss. y C.L. SÁNCHEZ-ALBORNOZ, *Orígenes de la nación española. El reino de Asturias*, vol. II, Oviedo, 1974, pp. 215-221, defendían la adscripción al abad de Liébana, encontrando que no había pruebas suficientes de su oposición al rey, puesto que sería inconcebible la libertad de palabra y de movimientos que gozó Beato durante su reinado de ser un decidido opositor, a la vez que alegan que es difícil de imaginar un talento literario capaz de redactar el poema, siendo además devoto de Santiago, en un reino tan pequeño e inculto fuera de Beato. De ahí que tiendan a fundir los dos autores de Díaz y Díaz en uno sólo.
- 12.— «*O vere digne sanctior apostole, / Caput refulgens aureum Ispania, / Tutorque nobis et patronus vernulus, / Vitando pestem esto salus cælitus. / Omnino pella morbum, ulcus, facinus*». Cfr. la edición de DÍAZ Y DÍAZ, en o.c., p. 241.
- 13.— DÍAZ Y DÍAZ, o.c., p. 262.
- 14.— Por contra, M.C. DÍAZ Y DÍAZ, o.c., p. 272.
- 15.— DOM QUENTIN (ed), p. 385.
- 16.— Transcrito por Z. GARCÍA VILLADA, *Historia Eclesiástica de España*, Madrid, 1936, pp. 368-369.
- 17.— J. GUERRA CAMPOS, en D.H.E.E., vol. IV, p. 2188.
- 18.— Cfr. K. HERBERS, *el primer peregrino ultrapirenaico a Compostela a comienzos del siglo X y las relaciones de la monarquía asturiana con Alemania del Sur*, en *Compostellanum*, 36, 3-4, 1991, pp. 255-264.

- 19.- Cfr. A. LÓPEZ FERREIRO, o.c., t. II, p. 111: «*Sacarunt ipso voto de Sancti Iacobi Apostoli de circuitu Samanensi*».
- 20.- O.c., pp. 97-119. El texto más antiguo es del 914: «*De istis votis habeat Sanctus Sebastianus partes duas, et Sanctus Joannes de Fovea tertiam partem per manus fratrum qui fuerint in Sancto Sebastiano. Et de predictis ecclesiis veniant clerici et prebyteri cum votis ad Sanctum Sebastianum*» (en la misma obra, apéndice XXXV). El contexto en el que lo recoge el autor, la defensa del privilegio de Ramiro I, es una posición abandonada hace más de medio siglo.
- 21.- Z. GARCÍA VILLADA, *Historia Eclesiástica de España*, Madrid, 1936, tomo III, p. 207.
- 22.- D. REY CASTELAO, *La Renta del Voto de Santiago*, en *Compostellanum*, 30, 3-4, 1985, p. 325: «*La contribución del Voto de Santiago consistía, según establecía el Privilegio de Ramiro II de 834 (falso como veremos) en el pago anual, por cada labrador, poseedor de yunta de bueyes y cosechero de cereal o vino, de una medida de trigo, u otro grano en su defecto, destinada al culto de Santiago el Mayor en su Iglesia de Compostela*».
- 23.- D. REY CASTELAO, *El Voto de Santiago. Claves de un conflicto (IV)*, en *Compostellanum*, 38, 3-4, 1993, pp. 545-573.
- 24.- Como decía Fray Justo: «*Existía la impresión de que era aquél no de los trances más difíciles porque había pasado la Cruz en su lucha con la Media Luna. El rey leonés quiso hacer con sus condes una peregrinación a Santiago; el conde de Castilla se arrojó con sus infanzones ante el sepulcro de San Millán*». J. PÉREZ DE URBEL, *El Condado de Castilla. Los 300 años en que se hizo Castilla*, Madrid, 1970, p. 111.
- 25.- «*Cuius (Ranimir) tempore Abdirahaman Cordobensis Rex cum omni exercitu suo fugatus et victus est. Qui rex ante accesserat ad Beatum Jacobum causa orationis, et obtulit ibidem vota usque in Pisorga, ut singulis annis redderent censum Apostolicæ Ecclesiæ; et Deus magnam dedit ei victoriam*». *Crónica Iriense*, en FLOREZ, *España Sacra*, t. XX, p. 604.
- 26.- Confirmación del 18 de Noviembre de 932, en el tumbo A, fol. 2, del archivo de la catedral.
- 27.- A. LÓPEZ FERREIRO, o.c., t. II, pp. 119-120 de los Apéndices: «*Nos etenim superius nominati advenientes ante bti. Iacobi orationis causa, sagaci mente percontari cepimus, quid parentes, avi et proavi nostri eodem in loco devota contulerant voluntate, admirantibus nempe insignia, (...) et plena in Domino summentibus gaudium, inter cetera reperimus testamentos antiquos de tempora dni. Adefonsi catholici Regis conscriptos, per quos concessit in omni gyro hominum quod Regi solvebant, illuc fideiiter redderent. Post eum quoque Ranimirus Rex, et ipsum confirmavit et ampliavit. Post eum quoque gloriosus filius eius res dns. Adefonsus, qui sancto ardore succensus ipsum locum in melius restauravit et pira testamenta confirmavit et multa adiciens sua conscribere ordinavit*».
- 28.- Así la llama J. GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la Bula de Cruzada en España*, Vitoria, 1958. Como dice M. RECUERO ASTRAY, *Ruina del califato y expansión de los reinos cristianos (1002-1085)*, en *Historia General de España y América*, vol. III, Madrid, 1988, pp. 273-274: «*Todo ello ha motivado que la campaña reciba, incluso, el calificativo de Cruzada, considerándola como precedente de los que, en el siglo XII, se dirigirán a Tierra Santa*».
- 29.- J. PÉREZ DE URBEL y P.G. RUIZ-ZORRILLA, *Historia Silense*, Madrid, 1955, p. 205: «*Colebat præ ceteris et venerabilis locis. Ecclesiam Sancti Salvatoris Ovetensis, quam multo auro et argento donavit. Nihilominus, Ecclesiam Beati Jacobi Apostoli numeribus exornare studuit*».
- 30.- J. PÉREZ DE URBEL, *Sampiro. Su crónica y la monarquía leonesa en el siglo X*, Madrid, 1952, p. 341.
- 31.- A. LÓPEZ FERREIRO, o.c., tomo II, p. 97.
- 32.- *Idem*.
- 33.- O.c., pp. 98-99.
- 34.- O.c., p. 170.
- 35.- O.c., p. 175-176.
- 36.- Ambas citas en J. PÉREZ DE URBEL y A.G. RUIZ-ZORRILLA, *Historia Silense*, p. 191.
- 37.- O.c., p. 194: «*Rex vero Fernandus, pro triumphato hoste limina beati apostoli cum donis deosculans, ad Legionensem urbem alacer revertitur*». Subrayado del autor.
- 38.- A. SICART GIMÉNEZ, *La iconografía de Santiago ecuestre en la Edad Media*, en *Compostellanum*, vol. 27, nº 1-2, 1982, p. 17.
- 39.- Al respecto, no puedo por menos de recoger una frase en extremo curiosa. Un autor de la década de los cincuenta no dudaba en escribir y defender a capa y espada que «*no sólo creemos que Santiago se apareció y luchó en la batalla de Clavijo, sino que lo hizo precisamente sobre un caballo blanco*». Sin comentarios. L. MERINO BARRAGÁN, *Perfiles jacobos*, Pamplona, 1954, p. 131.
- 40.- A. MORALES, C. TORRES, J. FEO (eds.), *Liber Sancti Jacobi, Codex Calixtinus*, Santiago, 1951, capítulo II.
- 41.- Que el documento de los votos se refiere a un documento inexistente es algo evidente desde hace casi cincuenta años. Cfr. CL. SÁNCHEZ-ALBORNOZ, *La auténtica batalla de Clavijo*, en *Cuadernos de Historia de España*, IX, 1948, pp. 94-139. Su primera afirmación es taxativa: «*Ningún historiador digno de tal nombre tiene hoy por auténtica la tradición de la batalla de Clavijo*».
- 42.- Señala con justeza García Villada: «*Aunque es innegable que desde los primeros momentos otorgaron los reyes a la Iglesia de Santiago privilegios excepcionales, sin embargo, la rivalidad con Braga, Lugo y Oviedo fue causa de que se falsificaran en el siglo XII no pocos documentos, cuyos originales se dice haber desaparecido*». Z. GARCÍA VILLADA, *Historia Eclesiástica de España*, Madrid, 1936, t. III, p. 205.
- 43.- CL. SÁNCHEZ-ALBORNOZ, o.c., p. 95: «*(es muy probable) que en el siglo XII, siglo de oro de las falsificaciones eclesiásticas hispanas, Pedro Marcio intentase transformar la parva y limitada tributación tradicional en una gabela mucho más importante y de radio coincidente con el área geográfica del reino; y que para justificar el nuevo gravamen echase mano de otra batalla más remota y menos conocida*».
- 44.- Cfr. A. LÓPEZ FERREIRO, o.c., vol. II, p. 135. Subrayado del autor. El autor consideraba el códice del Archivo de la Catedral de Santiago como la copia más antigua. Hoy está demostrado que el más antiguo es el llamado Códice Complutense, conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid. Cfr. M.R. GARCÍA ALVAREZ, *Un códice compostelano perdido de hacia 1150*, en *Cuaderno de Estudios Gallegos*, XVII, 1962, pp. 20-48.

- 45.- Cfr. RON BARKAL, *Cristianos y musulmanes en la España medieval*, 1991.
- 46.- Textualmente, dice el Santo: «*Ego enim ero tibi in auxilium et mane superabis in manu dei sarracenorum a quibus obsessus est innumerabilem multitudinem*» y esta vez «*et ne super hoc detur locus dubitationi, et vos et sarraceni videbitis me constanter in albo equo dealbata grandi specie maximum vexillum album deferentem*».
- 47.- Idem.
- 48.- M. GÓMEZ-MORENO, *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia. Anales castellanos*, Madrid, 1917, p. 20.
- 49.- A. LÓPEZ FERREIRO, *Historia de la Iglesia de Santiago*, Santiago, vol. II, p. 135.
- 50.- J. PÉREZ DE URBEL, *Los primeros siglos de la Reconquista*, en R. MENÉNDEZ PIDAL, *Historia de España*, t. VI, Madrid, 1988, p. 307-308, relatando la batalla de Simancas, dice que: «*Así debieron nacer los votos de Santiago y San Millán (...) El documento de los votos de San Millán fue forjado hacia el año 1200, y poco antes al de los votos de Santiago, pero en uno y otro se trata de autorizar costumbres anteriores. Estoy con Gómez Moreno cuando dice: "Sin Clavijo y sin doncellas, el voto de Santiago puede entrar en nuestra historia con patente limpia, y lo mismo puede decirse del de San Millán"*».
- 51.- Sobre ello, CL. SÁNCHEZ-ALBORNOZ, *La auténtica batalla de Clavijo*, en *Cuadernos de Historia de España*, IX, 1948, pp. 94-139.
- 52.- J. GOÑI GAZTAMBIDE, *Historia de la Bula de Cruzada en España*, Vitoria, 1958, p. 31.
- 53.- O.c., p. 32.
- 54.- Sobre la fundación de la Orden y su desarrollo en el siglo XII, ver sobre todo, J.L. MARTÍN, *Origen de la orden militar de Santiago (1170-1195)*, Barcelona, 1974; y del mismo autor, *Fernando II de León y la Orden de Santiago. 1170-1181*, en *Anuario de Estudios Medievales*, 1, 1964, p. 172 ss. y O.W. LOMAX, *La Orden de Santiago (1170-1275)*, Madrid, 1965.
- 55.- Cfr. por ejemplo, PH. CONTAMINE, *La guerra en la Edad Media*, Barcelona, 1984, p. 96.
- 56.- Cfr. E. BENITO RUANO, *La Orden de Santiago en Francia*, en *Estudios Santiaguistas*, León, 1978, pp. 233-260. También hay que hacer referencias, en el mismo libro a *La Orden de Santiago y el principado de Antioquia*, *La Orden de Santiago y el Imperio latino de Constantinopla* y *La Banca Toscana y la Orden de Santiago*, pp. 13-127.
- 57.- SALVADOR DE MOXÓ, en R. MENÉNDEZ PIDAL (ed.), *Historia de España*, vol. XIII.
- 58.- *Art. cit.*, pp. 27-28.
- 59.- A. SICART GIMÉNEZ, *art. cit.*, p. 30.
- 60.- J. PÉREZ DE URBEL, *Sampiro...*, p. 341 y J. FERNÁNDEZ VALVERDE (ed. y trad.), R. JIMÉNEZ DE RADA, *Historia de los Hechos de España*, Madrid, 1989, p. 202.
- 61.- O.c., p. 207-208.
- 62.- O.c., p. 233.
- 63.- R. MENÉNDEZ PIDAL (ed.), *Alfonso X, Primera Crónica General*, Madrid, 1955, vol. II, p. 425.
- 64.- O.c., p. 361.
- 65.- No en vano Fernán González es, como ya hemos dicho, uno de los participantes en la batalla de Simancas, una de las raíces del mito de Clavijo. En el poema se recoge en las pp. 121-145 de la edición citada.
- 66.- A. BOLAÑO E ISLA (ed.), *Gonzalo de Berceo. Milagros de Nuestra Señora, Vida de Santo Domingo de Silos, Vida de San Millán de la Cogolla...*, México, 1969, pp. 410-12.
- 67.- J. RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS (coord.), *Historia Social de la literatura española*, vol. I, Madrid, 1978, pp. 64-65, aunque su visión sea excesivamente reduccionista muchas veces.
- 68.- O.c., p. 418.
- 69.- A. LÓPEZ FERREIRO, *Historia de la Santa A.M. Iglesia de Santiago de Compostela*, Santiago, 1904, vol. VII, p. 152-4.
- 70.- F. PÉREZ, en *Santiago en la Historia, la Literatura y el Arte*, t. II, Madrid, 1955, pp. 182-183. Y es que Santiago Matamoros es el símbolo perfecto para la reacción frente a la modernidad: «*Así, con este propósito, entra el símbolo de Santiago, como cifra y mote heráldico de una empresa de restauración intelectual*», pp. 176-177.
- 71.- Y no sólo del XIX. En 1750, el 6 de Agosto, Benedicto XIV concedió al arzobispo de Compostela un oficio y misa de la Aparición del Santo Matamoros. Impresionante.
- 72.- Cfr. SAN BUENAVENTURA, *Leyenda Mayor*, 9, 7-9 y CELANO, *vida Primera*, 57, ambas recogidas en J.A. GUERRA (ed.), *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*, Madrid, 1978. Cfr. L. PIÑA HERNÁNDEZ, *Francisco de Asís y su encuentro con el Islam*, en *Encuentro Islamo-Cristiano*, nº 287, Marzo 1996, 14 pp.
- 73.- Ver sobre ello el artículo de SIMÓN AAYEK, *Transmisión de la Cultura árabe al occidente cristiano*, en *Las Tres Culturas en la Corona de Castilla y los sefardíes*, Salamanca, 1990, pp. 221-223.
- 74.- CL. SÁNCHEZ-ALBORNOZ, *La España cristiana de los siglos VIII al XI*, en R. MENÉNDEZ PIDAL (dir.), *Historia de España*, vol. VII, Madrid, 1980, p. XXIV-XXV.